



## **LA ACCIÓN CATÓLICA ES MISIÓN CON TODOS Y PARA TODOS**

*Rafael Ángel Corso \**

“Con todos, para todos” no es un eslogan, ni un pronunciamiento demagógico que busca agradar gratuitamente, es una realidad enraizada en convicciones profundas, en las revelaciones más hermosas de nuestra fe.

Para el hombre de fe, la vida es un don y la creación entera devela el misterio extraordinario del amor de Dios. El hombre, “imagen y semejanza de Dios”, deseoso de felicidad y trascendencia y a la vez consciente de su finitud, desarrolla su existencia como una búsqueda permanente de saciedad y plenitud. Con palabras de san Agustín, podemos afirmar “que el hombre que salió de las manos de Dios no descansará hasta llegar a Dios”.

Esta convicción nos pone frente a la comprensión de la necesidad imperiosa del encuentro del hombre con la misericordia de Dios; todo el hombre y todos los hombres gritan desde el fondo de su ser esta necesidad.

Consciente o inconscientemente, más desordenada que ordenadamente, todos buscamos el “agua viva” que calme nuestra sed y dé sentido a la vida.

El encuentro existencial con Dios es el motivador profundo para descubrir y responder al amor divino con el deseo y realización del amor humano. Este “sí” ha de ser una respuesta libre y consciente, que sabemos se mantendrá siempre en tensión con las limitaciones y carencias de nuestra naturaleza herida.

Leemos en *Evangelii Gaudium*, 112: “La salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia. No hay acciones humanas, por más buenas que sean, que nos hagan merecer un don tan grande. Dios, por pura gracia, nos atrae para unirnos a sí. Él envía su Espíritu a nuestros corazones para hacernos sus hijos, para transformarnos y para volvernos capaces de responder con nuestra vida a ese amor. Como nos enseñó el papa Benedicto XVI, ‘Es importante saber que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actividad verdadera viene de Dios y sólo si entramos en esta iniciativa divina, sólo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser –con Él y en Él– evangelizadores’. El principio de la

---

\* Presidente del Consejo Nacional de la Acción Católica Argentina. Presentación en el IV Panel de Especialistas durante el II Encuentro Internacional de la Acción Católica (Ciudad del Vaticano, 27 de abril de 2017).

primacía de la gracia debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización”.

La misión evangelizadora, la Buena Noticia de Jesús que nos revela el amor misericordioso del Padre, toma desde esta perspectiva una dimensión radical; la de descubrirnos como don de Dios, urgidos de responder a esa vocación como una tarea irrenunciable. Esta respuesta vital nos pone en camino no aisladamente sino comunitariamente como familia, como Pueblo de Dios que transita y realiza la historia. Vivir revestidos en el espíritu de la filiación divina y de la fraternidad humana hace de cada uno una nueva creatura en Cristo, para que Dios sea “todo en todos” (I Cor. 15, 28)

El papa Francisco nos dice en el número 113 de *Evangelii Gaudium*: “Esta salvación, que realiza Dios y anuncia gozosamente la Iglesia, es para todos y Dios ha gestado un camino para unirse a cada uno de los seres humanos de todos los tiempos. Ha elegido convocarlos como pueblo y no como seres aislados. Nadie se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas. Dios nos atrae teniendo en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que supone la vida en una comunidad humana. Este pueblo que Dios se ha elegido y convocado es la Iglesia. Jesús no dice a los Apóstoles que formen un grupo exclusivo, un grupo de élite. Jesús dice: ‘Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos’ (Mt 28,19)”.

“Ser Iglesia es ser Pueblo de Dios, de acuerdo con el gran proyecto de amor del Padre. Esto implica ser el fermento de Dios en medio de la humanidad. Quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios en este mundo nuestro, que a menudo se pierde, necesitado de tener respuestas que alienten, que den esperanza, que den nuevo vigor en el camino” (EG, 114).

Anunciar a Cristo a todos los hombres, en toda circunstancia, en todo lugar: territorios y sectores sociales, periferias geográficas y existenciales, en el acompañamiento personal y la cercanía física, iluminando los criterios de discernimiento y los juicios de acción: la realidad grita la necesidad de recuperar plenitud de vida y sentido, en la buena noticia del Evangelio de Jesús y en la realización de su Reino.

Nos sigue diciendo el Papa en *Evangelii Gaudium* (n° 181): “El Reino que se anticipa y crece entre nosotros lo toca todo y nos recuerda aquel principio de discernimiento que Pablo VI proponía con relación al verdadero desarrollo: ‘Todos los hombres y todo el hombre’. (. . .) Se trata del criterio de universalidad, propio de la dinámica del Evangelio, ya que el Padre desea que todos los hombres se salven y su plan de salvación consiste en ‘recapitular todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, bajo un solo jefe, que es Cristo’ (Ef. 1,10). (. . .) ‘Toda la creación espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios’ (Rm. 8,19). Toda la creación quiere decir también todos los aspectos de la vida humana, de manera que ‘la misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño’<sup>1</sup>”.

Esta es una misión compartida con todos los miembros del Pueblo de Dios y con todos los hombres de buena voluntad, de todas las latitudes y de todos los tiempos; una tarea que nos impulsa a buscar lo que une por sobre lo que divide, realizando la comunión misionera, creando espacios de encuentro, trabajando con los que trabajan, fortaleciendo los lazos interreligiosos y la amistad social, construyendo el bien común, esforzándonos por el desarrollo integral; recreando la cultura de los pueblos para sanar las heridas de las

<sup>1</sup> Cita del Documento de Aparecida, n° 380.

guerras, el terrorismo, la persecución religiosa, la trata de personas, el trabajo esclavo, la injusticia y la inequidad distributiva, las migraciones forzadas, la falta de acceso al agua potable y a viviendas dignas, las adicciones, el consumismo hedonista, la indiferencia y todo desprecio, el abandono de la vida sufriente, la desnaturalización de la ecología integral y la destrucción de la casa común, y tantos otros males que brotando también del interior del ser humano son cizaña, causas de dolor, sufrimiento y configuran múltiples estructuras de pecado.

Citamos otro pasaje de la exhortación apostólica del Papa (n° 52): “La humanidad vive en este momento un giro histórico, que podemos ver en los adelantos que se producen en diversos campos. (. . .) Sin embargo, no podemos olvidar que la mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo vive precariamente el día a día, con consecuencias funestas. Algunas patologías van en aumento. El miedo y la desesperación se apoderan del corazón de numerosas personas. (. . .) La alegría de vivir frecuentemente se apaga, la falta de respeto y la violencia crecen, la inequidad es cada vez más patente. Hay que luchar para vivir y, a menudo, para vivir con poca dignidad. Este cambio de época se ha generado por los enormes saltos cualitativos, cuantitativos, acelerados y acumulativos que se dan en el desarrollo científico, en las innovaciones tecnológicas y en sus veloces aplicaciones en distintos campos de la naturaleza y de la vida. Estamos en la era del conocimiento y la información, fuente de nuevas formas de un poder muchas veces anónimo”.

Este proceso de despersonalización reclama un cambio en el paradigma de desarrollo humano; necesitamos abrazar e irradiar la buena noticia de Jesús, la alegría del Evangelio. Este es el tiempo propicio, tiempo de misión de la Iglesia, misión para la Acción Católica: vivir el Evangelio de la vida, que dando vida permita superar la brecha entre lo actual y lo posible; tiempo de acompañamiento y cercanía, tiempo de discernimiento y puesta en servicio del enorme capital humano, sin exclusiones: ¡con todos y para todos!

Hay caminos propios del discernimiento de nuestro tiempo que el Papa nos ha señalado con absoluta claridad tanto en *Evangelii Gaudium* como en *Laudato Si'* y *Amoris Laetitia*, y como Acción Católica los queremos reafirmar manifestando nuestro compromiso con la construcción de un mundo de paz: paz en los corazones, paz entre los hombres, paz entre las naciones; la familia, como escuela de comunión y humanidad; el compromiso con un nuevo paradigma de desarrollo humano integral, justo y fraterno. Este es nuestro tiempo, con sus luces y sombras, su extraordinario potencial y sus complejas y peligrosas amenazas.

Las respuestas del ateísmo mesiánico, sistémico y milenarista, han fracasado; las del ateísmo libertino y consumista, que endiosan al dinero y materializan pragmáticamente al ser humano, están en crisis terminal con manifiestas contradicciones que insultan al bien común y a la razón y amenazan la paz de los pueblos y la sustentabilidad del planeta. Necesitamos fortalecernos como mujeres y hombres de diálogo que propicien el encuentro real con la carne sufriente de Cristo que habita en cada hombre y cada mujer, sin excluidos ni desechados. Necesitamos recrear una nueva síntesis entre ciencia, ética y fe capaz de poner el potencial de desarrollo al servicio de todo el hombre y todos los hombres, que realice con mayor plenitud el humanismo cristiano.

Confiémonos esperanzados a Jesucristo, Señor de la Historia, y a Él consagrémonos, por amor a Dios y a los hombres, por un futuro mejor, en comunión, que realice la voluntad del Padre sobre su Creación. De Él venimos y hacia Él vamos.

Que María, Estrella de la Evangelización, sostenga los esfuerzos del Foro Internacional de la Acción Católica en esta maravillosa misión.